

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Esta Asociacion no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningun partido politico.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

LA IGLESIA SIEMPRE MILITANTE.

II.

Tras del esfuerzo de aglomeracion y unidad que se notó en derredor del imperial solio de Carlomagno, y del esplendor fugaz de la civilizacion, que cual aurora boreal, entre la oscuridad y el hielo de la barbarie irradió desde allí por un momento, recayó la Europa en noche mas profunda; en mas desoladora anarquía. Durante los siglos IX y X ninguna institucion fuerte, ninguna autoridad poderosa, ninguna ley respetada, ninguna nacionalidad robusta y bien constituida: pueblos y tronos, naciones y clases, todo pulverizado y revuelto en un confuso caos, donde solo impera la violencia brutal no ya de conquistadores sino de bandidos. Las ciencias y las artes desaparecen en sus mas sencillas nociones, en sus usos mas precisos; la sociedad retrocede á una infancia, que sin ninguno de los encantos de la inocencia tiene todos los males del embrutecimiento, y el extremo de la ignorancia trae una corrupcion de costumbres comparable con la que produce el refinamiento de la civilizacion. La religion misma parece retirar de aquel lóbrego cuadro sus eternos resplandores; y la Iglesia subyugada por la fuerza material, obstruida por los vicios, abrumada de cuidados temporales, colmada de pérfidos dones y embarazosas riquezas, ofrece temores de convertirse en una simple institucion hu-

mana; la abominacion penetra en el santuario, el escándalo se sienta en la silla de San Pedro. ¿Adónde en aquel trance habian de volver los hombres su confianza? ¿de dónde aguardar el soplo de vida que reanimara aquellos huesos áridos y dispersos? de dónde la refrescante brisa que moviera y purificara las olas de aquel mar muerto? El espíritu yacia harto aletargado, sensible solo á sus dolores materiales, para conocer á fondo el esceso de su miseria; faltaba voz siquiera para el lamento: solo algunos velaban á cierta altura sobre el resto de sus semejantes adormecidos en funesto sueño, midiendo toda la intensidad del mal y la estension de sus estragos. Persuadidos de lo insostenible de la situacion é incapaces de prever ningun evento de salud para lo futuro, no vieron otro desenlace posible que el aniquilamiento del mundo; y un terror inmenso difundido de gente en gente anunció el próximo fin de los tiempos, como si ya sintieran que les faltaba el aire para respirar.

La misma accion de los remedios parecieron síntomas alarmantes de muerte, y el principio de salud una nueva y mas terrible enfermedad. Las mudanzas que en el estado social introdujeron las cruzadas, despues de calmado el primer entusiasmo religioso y guerrero, se desplegaron graves y aun formidables á los ojos de los que veian cimentado el orden sobre la gerarquía feudal, y miraban con inquietud la emancipacion, y los elemen-

tos que la favorecían como otros tantos agentes de trastorno ó como ilusiones irrealizables y peligrosas. No fueron tan rápidas y completas las mejoras que consigo trajo el nuevo movimiento, que inspiraran satisfacción de lo presente y fe en el porvenir, y que ejercieran en las costumbres una influencia eficazmente saludable: á la grandiosa reforma llevada á cabo por el inmortal Gregorio VII para devolver á la Iglesia su esplendor asegurando su independencia, sucedieron aun los infelices tiempos que arrancaban tan amargas quejas y reprensiones al santo abad de Claraval, y á estos aquella época de confusión y quebranto en que apareció cual meteoro de sangre la herejía de los albigenses. Crecían con la malicia los abusos, con la libertad los excesos, con la ciencia los errores, los dolores con la facultad de sentirlos; y las pinturas que nos ha dejado del siglo XII y del XIII la generación contemporánea, tanto mas negras que las del siglo X, hacen sospechar si todavía entonces se volvían atrás con envidia las miradas.

No seguiremos paso á paso por años y países los particulares infortunios, calamidades, temores é incertidumbres que á la humanidad han acosado sucesivamente: las prolongadas guerras entre naciones y razas, las sordas contiendas entre clases, las vicisitudes de los estados, la estinción de antiguas dinastías, las peligrosas luchas entre el sacerdocio y el imperio, el espíritu de error é insurrección reproducido bajo mil formas y difundido con espantosa rapidez, los sangrientos tumultos, las feroces conquistas, las irrupciones de bárbaros procedentes del Asia, las asoladoras pestilencias, el gran cisma de Occidente que por primera vez oscurece el supremo tipo de la unidad, la caída de Constantinopla, la pujanza siempre en aumento de los otomanos amenazando tragar la Europa; ved ahí otras tantas causas, continuas ó pasajeras, de serios cuidados y de cruelísima zozobra. Vistas ahora desde lejos estas conmociones, conocidos sus resultados ni tan desastrosos ni tan irremediables como se temía, y manifestados en parte los sublimes y benéficos designios de la Providencia que aun en los castigos de su jus-

ticia encierra fecundos gérmenes de misericordia, no comprendemos con qué violencia debieron agitar los espíritus y oprimir los corazones cuando sobrevenían inesperadas, cuando pesaban sobre la cabeza de la consternada humanidad, cuando sin presentar salida á las dudas ni término á los males, la arrastraban hácia un porvenir que la oscuridad hacia mas espantoso.

Llegó por fin una era de transformación completa, que despuntando en el siglo XV, se consumó y perfeccionó en el XVI; y acumulados descubrimientos sobre descubrimientos, innovaciones sobre innovaciones, renovaron la faz del mundo social y político, científico y literario. Pero á cada mudanza en las instituciones, á cada trastorno en los estados, á cada invención del ingenio humano, mezclábanse á los entusiastas parabienes que saludaban su advenimiento deseos é inquietudes todavía mas vehementes; el hombre se espantaba de sus propios triunfos, y avanzaba temblando por la desconocida senda que se le abría, abandonando el carril que hasta entonces habia encajonado su marcha, y sintiendo todo el embarazo de su libertad no acostumbrada, toda la responsabilidad de su desarrollada ilustración. La desaparición del feudalismo que trababa tan fuertemente entre sí las clases y que agrupaba tantos intereses débiles en torno de un centro fuerte; la revolución obrada en los hechos y en las ideas, en las leyes y en las costumbres, en los hombres y en las cosas; el origen, el desenvolvimiento, la irrupción espantosa del protestantismo, resúmen y combinación de todas las herejías, derramado por la cristiandad entera, justificaban demasiado las mas lúgubres aprensiones: Y tal vez para hallar algun punto de semejanza con la ansiedad profunda de nuestros días, con este deseo y con este temor á la novedad que alternativamente nos hace avanzar y retroceder, y huir de las mismas borrascas que evocamos, y acusar los mismos adelantos de que nos envaneecemos, es menester buscarlo en el siglo XVI.

J. M. Q.

SEGUNDO PARALELO

ENTRE EL CLERO CATÓLICO Y EL PROTESTANTE.

¿CUAL POSEE EL DON DEL APOSTOLADO?

III.

LAS MISIONES DE AUSTRALIA Y NUEVA ZELANDIA.

Misiones protestantes.

A fin de responder anticipadamente al reparo que por ventura pudiera hacérsenos, de que habiendo sido los misioneros católicos los primeros en establecerse en los pueblos asiáticos y ejerciendo en ellos mayor ó menor influencia antes de que llegaran á evangelizarlos los protestantes, debían estos por necesidad, y á pesar de las demás ventajas que en provecho suyo tuviesen, hallarse en situación poco favorable para que dieran sus apostólicas tareas el resultado que en otro caso hubieran sin duda obtenido, hemos escogido con preferencia á otras realmente de mas importancia y aceso de mayor interés, las misiones de la Australia y Nueva-Zelandia. En una y otra comarca hallaremos á los ministros y sacerdotes de las religiones disidentes trabajando, no ya sobre sociedades decrepitas, aferadas á preocupaciones antiquísimas, y orgullosas con una civilización que creen superior á la de los que intentan pasar plaza de maestros, sino con hordas salvajes á las cuales por su repugnante aspecto, costumbres feroces y escasez de inteligencia se pudiera creer, á no contradecirlo la revelación, de una raza inferior á la nuestra. En una y otra comarca veremos al misionero protestante, contra lo que generalmente acontece, precediendo al católico, y viajando por regiones cuyas puertas le fueron franqueadas por los mercaderes y los soldados ingleses, al abrigo de sus banderas y en la seguridad de que, pues marchaban con tan buena y lucida compañía, no habían de hallar el martirio en su camino.

Unas misiones que con tan prósperas circunstancias empiezan, que cuentan con recursos ilimitados, que por espacio de muchos años obran sin rivales que puedan contrariar su influencia, y por consiguiente retardar sus progresos, ¿no harán que reine la paz en el corazón, que brille la luz en la inteligencia del salvaje á quien van á llevar la doble antorcha de su fe y de la civilización, que florezcan los desiertos por ellos cultivados, como un campo sobre el cual ha caído el rocío del cielo?

Así parece que debiera haber sucedido: y sin embargo y cual si hubiese caído un viento de maldición sobre todas las misiones que no sean las del Catolicismo, las de los protestantes en dichos países, por confesión también de sus mismos escritores, han sido heridas de esa fría esterilidad que hemos hallado en las de la India y de la China, y que bastaría ella sola para convencer á los disidentes de buena fe de que el espíritu de Dios no está en sus iglesias, si, como con los judíos acontece, no se

negara el Señor á rasgarles la venda de los ojos, para castigo y confusión de los orgullosos adoradores de la pobre razón humana.

Desde luego tenemos que consignar respecto de la Australia, como de las demás colonias que posee la Gran Bretaña en el llamado mundo marítimo, el mismo hecho que dejamos apuntado al hablar de la India; esto es, que las autoridades inglesas ni dieron ministros á esos nuevos pueblos por ellas sometidos, ni se mostraron dispuestas á permitir que se los proporcionasen otros. El primer eclesiástico que abordó en la Australia, y que fué un sacerdote católico que iba acompañando á unos emigrados irlandeses, fué arrojado de la isla en cuanto puso los piés en ella.

El Dr. Lang, historiador de la Nueva-Gales del Sud, escribía en 1852: «No se puede citar una conversión verdadera de un negro al cristianismo,» y esto que, como asegura él mismo, los recursos materiales eran abundantes. Desde el año 1842 «los gastos de las misiones de la Nueva-Gales, segun uno de sus historiadores, ascendían á 51,807 libras esterlinas (4.921,665 reales), y debemos confesar francamente que este dinero ha producido poco ó nada.» «En Victoria se gastaron muchos miles de libras en crear establecimientos para la instrucción moral de los niños. Se les vestía y alojaba bien; mas el resultado fué un sensible fracaso. Después de nueve años de esfuerzos, los maestros se vieron obligados á abandonar su obra.» M. Gerstaecker escribía en 1853 que, perdida toda esperanza, «los misioneros habían abandonado la obra de la conversión,» y M. Minturn en 1858, «que todos los esfuerzos de los misioneros no han servido para nada.»

¡Oh! sí: por desgracia sus trabajos y el ejemplo de los blancos, cuyo mejoramiento, segun un documento oficial, hubiera sido de mucho provecho para el de los indígenas, han producido resultados que el mismo Minturn, desmintiéndose á sí propio, indicaba á renglón seguido: «Los naturales decaen y desaparecen ante la raza blanca.» «Dentro de diez años, afirma M. Byrne, un indígena será una curiosidad tan notable en Sydney ó en los límites de la colonia, como en la actualidad lo es en Europa.» Segun M. Westgarth, «de veinte y cinco mil indígenas que había en 1834 en la nueva colonia de Victoria, no quedaban, antes del 1863, mas que dos mil quinientos.» Con referencia á este año se sabe que este número había disminuido; «que la embriaguez hacia progresos, y que hay pocas esperanzas de mejorar la condición de aquella raza.»

Ni es solo en la Australia donde tan rápidamente marcha á su desaparición la raza indígena. Igual hecho se advierte en las demás colonias inglesas de la Océanía, y en general, y sea dicho de paso, donde quiera que han puesto su planta la raza anglo-sajona y el protestantismo. En la Tasmania «el esterminio de casi toda una raza ha sido obra de unos veinte años.» Y respecto de la Nueva-Zelandia afirma M. Paul, «que sus habitantes disminuyen de

cada año, y que dentro cuarenta ó cincuenta habrán, sino enteramente, casi desaparecido.»

Pocas palabras dedicaremos á la mision protestante encargada de evangelizar esta isla, la mas importante, despues de la Australia, del mundo marítimo. Su historia es un tejido tal de escándalos y de abusos de todas clases, que en una memoria dirigida á lord Durham, que ocupaba á la sazón un elevado puesto en el gobierno inglés, escribe su autor «que sería imposible encontrar en la de ninguna otra mision hechos iguales en impotencia y en indignidad moral á los que respecto de ella consigna en su escrito.» Maldecida por Dios la supone: y ¿qué extraño que así sea, cuando él mismo se ve obligado á consignar en su relato «que el primer jefe de la mision de la Nueva-Zelandia fué despedido por adúltero, el segundo por borracho y el tercero en 1836 por un crimen todavía mas enorme?»

Esta mision fué fundada por los protestantes en 1814. Los misioneros católicos no pudieron penetrar en aquellas remotas regiones hasta en 1838. Por espacio pues de un cuarto de siglo el protestantismo, también allí solo y sin rivales, pudo trabajar en cultivar aquel campo de abrojos y trocarlo en jardín ameno y abundante en frutos. Marsden, que habia sido antes herrero y despues comerciante en ganado, fué, á la vez que el fundador de la mision, el que inició la costumbre, que con tanto provecho propio continuaron sus colegas y sucesores, de enriquecerse comprando tierras á los indígenas y cultivándolas para su uso particular. Por doce hachas compró á los salvajes doscientas (*arpents*) fanegas de tierra escogidas por él mismo.

«Cinco años despues, en 1813, dice el Dr. Morrison, cinco misioneros compraron por cuarenta y ocho hachas otras trece mil fanegas.» Este comercio lucrativo continuó por espacio de treinta años. Gracias á él no pocos misioneros adquirieron por bagatelas, tales como mantas de lana, fusiles, balas y pólvora, territorios mas estensos que algunos condados de Inglaterra; de suerte que por los años de 1830 al 1835 se calculaba en treinta y dos millones de fanegas de tierra lo vendido por los indígenas.

Imposible parecia que tamaño escándalo no tuviese espacion. Esta llegó por fin, aunque tarde. La Inglaterra, protestando por la voz de sus gobernantes, dió una ley declarando sin validez todos los títulos de propiedad de las tierras compradas á los indígenas. Esta medida produjo reclamaciones que unas veces fueron atendidas, otras no. En la alternativa de abandonar sus inmensas propiedades ó su mision, algunos optaron por lo último. ¿Y qué extraño que así fuese, siendo, como son, casi todos padres de familia, y teniendo mas interés en asegurar porvenir á sus hijos, que en conquistar algunos prosélitos para lo que ellos mismos no creen, ó creen imperfectamente? ¿Tendremos necesidad de decir que los salvajes de la Nueva-Zelandia tuvieron en general el buen sentido, de que han carecido para mengua suya los pocos neófitos que el protes-

tantismo ha reclutado en España, de no dejarse convencer por los que, en nombre de un evangelio particular suyo y cuyas doctrinas desmentian con sus hechos, de tal suerte se enriquecían á sus espensas? ¿Tendremos necesidad de revelarles por boca del R. King, «que siendo muy crecido el número de los que reciben la instruccion cristiana, es muy escaso el de los verdaderos convertidos?»

Otra de las causas de la esterilidad y muchas veces de los perniciosos efectos de las misiones protestantes, es la division y la rivalidad entre sus sectas. A causa de ellas decia un jefe poderoso: «Vosotros los europeos no estais todavía de acuerdo sobre cuál es la religion verdadera. Cuando habreis dejado de disputar para saber qué camino deba tomarse, acaso meresuelva á seguirlo.» A los que se hallen dispuestos á *protestantizarse* les suplicamos que mediten antes las palabras de aquel cacique salvaje, y que no se avergüencen, aunque europeos y civilizados, de imitar su conducta.

Misiones católicas.

Su historia es corta, pero, como la de todas las de su clase, brillante y consoladora. Dos benedictinos españoles, los PP. José Serra y Rosendo Salvado, inauguraron en 1840 la de la Australia.

El 16 de febrero salian de Perth, acompañados de tres sacerdotes, sin llevar consigo mas que unos 300 reales y algunas escasas provisiones de harina, arroz, azúcar y té. Despues de tres dias de marcha á pié por un pais lleno de bosques, sin mas pobladores que unas pocas familias de salvajes antropófagos, tuvieron que detenerse por falta de agua. ¿Desistirán de su empresa? Confian demasiado en Dios, y es sobrado poderosa la gracia que en ellos obra, para darse tan pronto por vencidos. Edifican una cabaña de ramas y hojas, y levantan un altar para ofrecer el santo sacrificio. La oracion es para el misionero católico el verdadero restaurador de las almas. Con el escudo de la oracion el cristiano se hace invencible.

Como el salvaje australiano es nómada, los misioneros creen que para ganarle á la fe deben hacerse nómadas como él, é ir á donde quiera que vaya. Uno de los sacerdotes ensaya este sistema y parte en seguimiento de dos salvajes. Por el dia se alimentaba de lo que encontraba, kangurús, serpientes, lagartos, raíces de árboles, etc.; por la noche dormia á la luz de las estrellas en el suelo. Al cabo de algun tiempo, gastados los zapatos, tuvo que marchar descalzo: sus vestidos se caian á pedazos, su estómago debilitado desechaba toda clase de alimentos. Amenazado de una muerte próxima, y comprendiendo los misioneros que este sistema de evangelizacion hubiera exigido un personal numerosísimo, se desistió de él. Mas ya uno de ellos habia muerto de fatiga, y otros dos habian enfermado tan gravemente que se vieron obligados á pesar suyo á retirarse.

Durante este tiempo el P. Salvado habia vuelto para buscar socorros á Perth, á donde llegó despues

de haber hecho á pié y descalzo mas de doscientos kilómetros. Pidiendo limosna de puerta en puerta, en cuanto hubo recogido algunas provisiones tomó el camino de la Nueva-Nursia, guiando él mismo la carreta en que llevaba el resultado de la colecta.

Algunos salvajes iban ya á la mision para instruirse en el cristianismo, pero obligados á buscar por un lado ú otro el alimento, lo abandonaban en seguida. Comprendieron pues los Padres misioneros que era preciso para convertirlos, alojarlos, alimentarlos, vestirlos. Pensaron en establecer una colonia agrícola, y acordándose de los prodigios obrados por sus antecesores en el apostolado en medio de la Europa bárbara, resolvieron fundar una comunidad de Benedictinos en medio de las selvas de la Australia.

Entonces fué cuando el P. Serra vino á Europa para buscar recursos y operarios que le ayudaran á cultivar para el Padre de familias aquel árido campo, saliendo de Barcelona acompañado de un buen número de jóvenes que iban, inspirados por Dios, á consagrarse á aquella santa cruzada. Diversos obstáculos retardaron todavía la marcha de la obra emprendida para la conversion de los salvajes, y hasta el año 1859 no pudo el P. Salvado establecer la primera casa de su órden en la Nueva Nursia. No por esto dejaron de vivir durante algun tiempo los misioneros en las mayores privaciones, pero podian gozarse en ver los resultados de tantos sacrificios, pues alimentaban ya é instruian á muchos salvajes, cuyo número aumentaba á medida que se iban desarrollando los recursos del monasterio.

Quedaba puesta la base de la mision. La perseverancia de los monjes, su celo siempre creciente, el tiempo, y sobre todo la bendicion divina, hicieron que se desarrollara de tal suerte, que fuese dentro de poco la admiracion de los mismos protestantes. Las cartas que llegan de aquellas regiones nos prueban que la simiente cristiana fructifica allí como en todas partes.

Los enemigos mismos del catolicismo tienen hoy que confesar que en «ninguna parte parece haber sido mejor que allí reconocida la necesidad de hacer penetrar gradualmente los usos de los paises civilizados entre las razas salvajes por medio de la educacion,» y esta educacion ha producido un cambio tal en aquellos hombres, de quienes casi se pudo dudar si eran de condicion igual á las fieras de sus bosques, que otro protestante escribiendo á su obispo se veia obligado á decirle: «Lo que he visto en la mision benedictina de la Nueva Nursia me trae á la memoria los primitivos tiempos de la Iglesia.»

En cuanto á la Nueva-Zelandia dijimos ya que hasta el año 1838 no penetraron en ella los misioneros católicos. Al solo anuncio de su llegada se habia hecho creer á los indígenas que si les admitian en el país, los degollarian á todos ó los arrojarian de sus tierras. Hasta se escribió al rey Guillermo IV para que protegiera á los misioneros contra aquellos formidables piratas que iban á apoderarse

de aquellas comarcas. Los misioneros católicos iban, por consiguiente, á luchar con grandes obstáculos y enemigos poderosísimos; y sin embargo presentábanse en aquel nuevo campo de batalla sin recursos y sin apoyo físico ni moral. ¿De quién será la victoria?

«El número de los convertidos á las dos creencias, decia cuatro años despues el Dr. Dieffenbach, es casi igual, no obstante de que la mision católica fué fundada mucho mas tarde que la de la iglesia de Inglaterra.» Mr. Rochfort escribia algunos años despues, que en Wellington habia dos mil naturales católicos. En Taupa, segun M. Angas, lo son muchos de los indígenas. En Motupoi lo es el jefe, y un crecido número de sus subordinados ha abrazado el papismo. El gefe de la escuadra Wilkes encontró que en Kororarika la mision católica obraba muchas conversiones. En 1854 un viajero ingles se admiraba de hallarse en Otaki en medio de toda una tribu que profesaba el catolicismo. «Mons. Pompallier jefe de la mision católica ha obrado, dice un periódico protestante, muchas conversiones entre los naturales de Hokianga: algunos de los principales jefes le han prometido asociarse á su culto.»

¿A qué pues deben las misiones católicas tantos y tan nobles resultados? Dejando á parte los ausilios de la gracia, que los protestantes son incapaces de reconocer y menos aun de confesar, vense estos mismos obligados á declarar que si nuestros misioneros han sabido granjearse la amistad de los europeos y de los indígenas, y han obrado entre estos tantas conversiones, se debe á su modo de vivir *humilde*, á su *desinterés*, y á la educacion superior de que se hallan generalmente dotados.

Para que mas resalte el contraste que se nota siempre entre las misiones católicas y las protestantes, en aquellas como en las demás partes del mundo, haremos notar, valiéndonos igualmente de autoridades para los enemigos del catolicismo irrecusables, que las islas Filipinas, descubiertas por Magallanes en 1521, fueron conquistadas para la España despues de ser copiosamente regadas por la sangre de muchos mártires: «no por sus guerreros cubiertos de hierro, dice M. Mak-Miking que pasó muchos años en aquellas islas, sino por los soldados de la cruz, por los sacerdotes que supieron inflamarlos con su propio ardor por la causa de Jesucristo.» Y aquellos soldados de la cruz, renovándose sin cesar, sin temor á las privaciones, y arrojando impávidos los mas atroces suplicios, lograron á fuerza de constancia, no tan solo convertir, segun confesion de M. Crawford, á millones de indígenas no menos salvajes que los habitantes de las demás islas de la Oceania, sí que tambien mejorar inmensamente su condicion social.

Qué de conquistas brillantes para el catolicismo, y para el protestantismo qué de vergonzosas derrotas, no podríamos consignar en este paralelo, si nos fuese dado continuarlo, trazando, siquiera fuese en brevísimo compendio, la historia de las misiones cristianas en las dos Américas, en el África, en las regiones occidentales del Asia, donde quiera en fin

que han enarbolado sus respectivas banderas, con el signo de la cruz, presagio de victoria—*in hoc signo vinces*—el animoso soldado de Jesucristo, sin ningun emblema sagrado el cobarde secuaz de Lutero: aquel con la vista fija en los premios celestes, devorando el segundo con los ojos el puñado de oro que se le ofrece para ver si corresponde á la labor el salario!

La civilizacion, y—¿por qué no decirlo?—hasta la humanidad estarán de enhorabuena el dia en que las religiones disidentes retiren sus ministros de los diferentes puntos del globo donde, á fuerza de deramar millones, lo sostienen, y dejen franco y desembarazado el camino al misionero católico. En el dia en que cien autoridades irrecusables han venido á desmentir los relatos interesados con que los misioneros protestantes engañan á sus compatriotas ingleses, anglo-americanos ó alemanes, para que no les retiren sus cuantiosos subsidios; en el dia en que en las cámaras y en la prensa se han denunciado, así el escandaloso comportamiento de los agentes de las sociedades de propaganda, como la esterilidad de los sacrificios pecuniarios hechos por estas durante mas de medio siglo; en el dia en que ya no puede haber duda acerca de la clase de frutos que en las misiones ha producido el árbol del protestantismo, ó este tiene que borrar del evangelio las palabras del Señor á sus apóstoles, ó si las admite y reconoce la verdad de la divina sentencia, confesar que son falsos apóstoles los suyos y falsa la religion que los produce.

JOAQUIN RUBIÓ Y ORS.

DISCURSO DEL OBISPO DE JAEN

en el Senado, sesion del 6 de mayo.

SOBRE LAS OBLIGACIONES DEL ESTADO PARA CON LA IGLESIA.

Señores senadores, es primera hora, y sin embargo he llegado muy tarde al debate, porque siempre se llega tarde despues de haber oido á los señores obispos de Cuenca y de Urgel, que con tanta avidéz han segado el campo, de tal modo que no me han dejado una sola espiga que desgranar. ¿Y qué hacer en este trance? Ceñirme á sustentar mi proposicion en la mejor forma que me sea posible, no obstante que si hubiera tenido una conferencia con el señor ministro de Gracia y Justicia, tal vez hubiera podido dar otro giro á lo que tengo que decir; pero ya que no ha habido esa conferencia, debo indicar recordando incidencias y circunstancias, y presentes están dos dignos individuos de los que formaron parte de la comision del proyecto de constitucion de 1869, que son mis respetables amigos los señores ministros de Gracia y Justicia y Hacienda, que cuando fuimos llamados en aquella ocasion el señor cardenal arzobispo de Santiago y mi humilde persona á fin de conferenciar en lo relativo á la base religiosa, yo tuve la franqueza de decir á esos señores: venimos á pleito perdido; mas ahora casi podria lisonjearme de que venimos á pleito ganado.

Porque, señores, ¿qué pido en mi enmienda? Pido que se cumpla el patronato, que se cumplan las obligaciones que el patrono tiene como tal, que se llenen las cargas de justicia. Y voy á presentar un argumento de dignidad, de decoro, que los señores senadores tienen necesidad de admitir, pues no han de querer que se decapite la constitucion, en la que

veo este encabezamiento: «La nacion española, y en su nombre las cortes constituyentes deseando afianzar la justicia, etc.» Pues bien, señores, si no se responde con la justicia en las cuestiones de justicia, la constitucion queda decapitada.

El patrono es patrono en virtud de conquista; funda ó dota; y hablo con la letra y el espíritu de las leyes de nuestro pais. Ahora no quiero hacer mas que una pregunta: ¿Qué conquistas ha hecho el patrono recientemente para la Iglesia, para la religion y para la fe? Las conquistas antes hechas, ¿las conserva y las defiende? En orden á la dotacion, duro me es decirlo, yo no sé pedir para mí; pero el señor ministro de Gracia y Justicia tendrá en su despacho diferentes reclamaciones acerca de derechos y deudas. No se encontrará una sola en que el obispo de Jaen haya pedido para sí; y sin embargo, ha tenido que retirarse al seno de su familia para que le dé el sustento diario, y ha vuelto á su diócesis despues de vender los haberes de una hermana suya para socorrer á pobres eclesiásticos que morian de hambre.

Pues bien: si el patrono no funda, ni conquista, ni ampara, ni protege, y si por otra parte no cumple las cargas de justicia, no entiendo qué patronato es ese. Yo bien sé que el gobierno no me ha dicho que no me paga; pero me ha dicho una cosa mas triste, me ha dicho: te pagaré hasta tantos de abril. Es decir, que se ha constituido en árbitro de una cuestion de justicia al decir: si no juras, pierdes el derecho de cobrar desde el mes de abril en adelante.

¿Y por qué el juramento? ¿Es puramente el juramento católico? Pues, señores, ¿la justicia es política? ¿Hay justicia carlista, moderada, progresista ó republicana? No: no hay mas que una justicia, la eterna, la razon eterna á que se sujetan todas las leyes. Recuerdo que el Sr. Alvarez nos decía que sobre todas las leyes está la moral y el derecho; y la moral y el derecho dicen que el acreedor tenga siempre accion contra el deudor. No quiero hacer otra clase de cargos al gobierno; pero apelo á los señores senadores y les digo: no decapiteis la constitucion, no os convirtais en sus verdugos.

Por otra parte, ¿se afianza la justicia destruyendo iglesias, no reparando los templos, lastimando al clero y desforando á los obispos? Seguramente que no. Muchas veces se ha dicho, y mi amigo el Sr. Moret lo recordará, al preguntar yo en varias ocasiones á S. S. y á los señores Posada Herrera y Olózaga si podria prometerse la Iglesia alguna proteccion, que no podia prometerse mas que para lo puramente espiritual. Pues ni aun para el ejercicio del ministerio episcopal podemos prometernos esa proteccion. El obispo de Jaen, porque estaba en sus atribuciones, creyó conveniente dar una circular que habia de leerse de orden suya por los párrocos de su diócesis; y hubo un pueblo donde el alcalde dijo que no habia de leerse en el púlpito, accediendo despues de muchas reflexiones á que se leyera, aunque tachando los párrafos que tuvo por conveniente. Me acerqué al gobernador de la provincia para hablarle de este asunto, y me dijo: «No se canse V., señor obispo, en seguir procedimiento alguno en esa parte; déjelo V. pasar y que se olvide.» Esto equivale á poner al alcalde sobre el obispo. Sé muy bien que se me dirá que es un caso aislado; pero oprime la razon, la justicia y el decoro.

Yo, señores, soy de la escuela rancia, soy hijo de rancios españoles, y no pienso ni en adelantar ni en retroceder; pienso aplicarme, estudiar mucho y adelantar sin ir por caminos vedados. Paso por rígido, y sin embargo profeso la doctrina de Alfonso Maria de Liguori; pertenezco á la escuela católica, á la escuela moral que se llama mas laxa; y para demostrar esto referiré hechos prácticos.

A raiz de la revolucion el gobernador militar de Jaen creyó conveniente llevar á la cárcel á mas de una docena de republicanos; tuve noticia de que peligraba la vida de aquellos hombres, me dirigí al señor presidente del consejo de ministros antes de ir á Roma, y al salir de España tenia ya el indulto de la pena capital si á ella eran condenados. En tiempo del general Narvaez obtuve otro indulto á favor de un sargento que iba á ser fusilado. Recuerdo que el gobernador militar de Jaen, antes de pedir yo el indulto para los republicanos, me dijo: Aquí tiene V. la lista de los que van á ser degollados. En esa lista figuraba el segundo el obispo de

Jaen, lo que ciertamente me sorprendió, pues no había hecho otra cosa que socorrer á los necesitados, para cuyo objeto había vendido cuanto tenía.

Hay mas: el rígido obispo de Jaen dió una circular acerca del matrimonio civil en tales términos, que los periódicos dijeron que en ella venia yo á condenar la conducta de los demás obispos, aun cuando esto no era así; lo que hay es que estas son materias muy delicadas y no todos las entienden, y hasta entenderlas no se puede hablar de ellas.

En las cortes constituyentes me encontraba yo cuando fui llamado por el señor general Serrano, y supe que el digno prelado de Cuenca había sido delatado como conspirador, y mi querido compañero me mandó una exposicion que tuve el honor de presentar á las cortes, en la que se vindicaba de todas las calumnias que se le habían inferido, y la verdad se esclareció.

En los tres años que fui obispo de Calahorra fijé mi residencia en Santo Domingo de la Calzada; y como en este punto no había imprenta, y yo tenía la manía de escribir libros, tenía que mandarlos imprimir en Logroño. Me los remitieron en unos cajones, y los agentes de policía creyeron que eran cajones de armas. Despues, cuando ya estaba en Jaen, me hallaba allí pacífico y tranquilo, cuando llegó un agente de policía y me dijo se sabía que en el seminario conciliar había cajones de armas. Yo le pregunté si estaba bien enterado; me contestó que sí: fué la autoridad á ver los cajones, todavía no habían sido abiertos, y se vió que eran cajones de chocolate que habían llegado de Ciudad-Real para el consumo del seminario.

Pero dejemos estas menudencias y volvamos á la cuestion. De lo que he manifestado antes resulta que en lo relativo al patronato, si bien el patrono ejerce sus derechos, no cubre los cargos anejos al patronato; y seguramente que un tribunal de justicia tendria que fallar la cuestion á nuestro favor si en ella hubiera de entender. Yo quiero al patrono cumpliendo sus obligaciones, y al protegido respondiendo dignamente á esa proteccion; pero si el protegido se vé abandonado y se muere de hambre, no puede ciertamente dar las gracias al que debe ser su protector.

Se dice que somos ambiciosos, y no es exacto. Lo que hay de verdad es que aquí, por lo que se vé, nos contentamos, no con remediar las cosas sino con emparcharlas, digámoslo así. Tenemos un poco de religion y otro poco de ateísmo, un poco de respeto y otro poco de desprecio hácia la autoridad, un poco de creyentes y otro poco de volterianos. Es decir, no se hace otra cosa que ocultar la llaga con un apósito que tenga un color agradable á la vista. Esto es lo que ha traído la ruina de la Francia, lo que trae la perdicion de los estados, y yo no quiero que mi patria se pierda.

Y ya que hablo de mi patria, diré que cuando se trataba de ir al concilio dije un dia en las cortes constituyentes que la España tendria en él dignos representantes, y recuerdo muy bien que por aquellos dias se dijo que eran sueños míos. Pues bien: los señores obispos de Cuenca y de Urgel han dado una gran gloria al concilio. Yo no la he podido dar, porque como el paralítico llevo tarde á todas partes. (*Bien, muy bien.*)

Se dice que somos empleados del estado: y, señores, no sé cómo se desconoce lo que es la Iglesia y cuál es su origen. Si realmente fuera yo empleado, ¿seria obispo de Jaen? En el espacio de 10 años he visto desfilar delante de mí diez gobernadores civiles: ¿cuántos obispos habrian desaparecido en ese tiempo? (*Risas.*) Es claro que no somos empleados. La Iglesia está dentro del estado y debe servir al estado; pero no hay que equivocar las cosas: la Iglesia no es del estado.

Me gustan todas las cosas con verdad; el patronato, el desinterés, la justicia, el patriotismo, tal como debe ser: me gusta la majestad con mayoría de potestad, del mismo modo que me gusta una providencia con ojos, que prevea, que mire, que atienda. Así pues, quiero el patronato protegiendo, porque si en vez de hacer esto destruye y oprime, no sé el nombre que merece.

No quiero insistir mas en ciertas especies que antes he indicado, y refiriéndome al juramento diré que lo creo altamente inconveniente; y es mas, yo oí de boca de los señores que componian la comision del código constitucional que el

juramento no se exigiria. Y en efecto, si existe la libertad de conciencia, no puede presentarse un indiferente, un ateo y decir: ¿en nombre de qué divinidad quereis que jure? Lo cual es una burla. Y aun mas: haciendo uso de las garantías constitucionales y de los derechos individuales, se puede decir: no juro porque mi conciencia me dice que no debo jurar. ¿Y dónde está la ley que me obligue á ello? El estado puede hacerlo todo, menos dejar de tener decoro y conciencia, y no debe comprometer nunca esta. La fuerza hace hipócritas pero no creyentes.

El señor obispo de Cuenca hizo una brillante apología del catolicismo, y el señor obispo de Urgel hizo otra no menos brillante de la Iglesia; yo quisiera hacerla tambien del pontificado. Se asustan algunos al oír hablar del pontífice y de su infalibilidad; pero oíd lo que dice el Evangelio. Cuando Jesus, en Cesarea, preguntó á sus discípulos: Y vosotros ¿quién creéis que yo soy? Y Pedro se levantó inmediatamente y le contestó: Tú eres Hijo de Dios vivo; le dijo Jesus: «Y tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Todo lo que atares en la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desatares en la tierra será desatado en el cielo, y te daré las llaves del reino de los cielos.» He aquí el primado pontificio: he aquí el premio dado á la fé de Pedro. Esto, lo que dijo Jesus á los apóstoles cuando recibieron el Espíritu Santo, y las palabras pronunciadas en otras ocasiones dirigiéndose á Pedro, nos enseñan cuál es el fundamento de la Iglesia, y en ninguna parte hay menos derecho que en España para dudar de la infalibilidad del pontífice.

Nosotros hemos llevado al concilio la escuela de España, y nuestra patria ha sido dignamente representada en Roma; allí hemos visto que se buscaba y solicitaba á nuestros teólogos. Había allí dos célebres primados, el de Hungría y el de Polonia, y no se desdeñaban consultar á nuestros teólogos; ¿quién sabe si nuestra patria será visitada ante los alemanes y aplaudida ante el universo! Esta gloria se deberá á los desnudos obispos españoles, que hasta tuvieron que recibir limosna; yo mismo la he tenido que recibir, aunque no la pido por no injuriar al gobierno y á mi amada España.

Y no digo por esto que el gobierno sea injusto, pues si no cumple será porque no pueda. De lo que yo le arguyo es de que corte la cuenta diciendo: no juras, no te pago. ¿Y es decoroso para España que el clero se encuentre como está? ¿No nos acordamos de esas pobres mujeres que elevan sus oraciones por nosotros? ¿No habrá nadie que recuerde que tal vez con la limosna recibida en el torno ó en la reja del convento puede comprar libros y habilitarse para las matriculas en las universidades? Pues señores, gratitud, decoro, honra, justicia.

No quiero molestar mas la atencion del Senado, y concluyo diciendo que es preciso se mantengan como deben las relaciones entre el protector y el protegido; y puesto que sin razon ni justicia se trata de cortar la cuenta con el clero, suplico al senado se sirva admitir la enmienda.

CRÓNICA.

El nuevo embajador de Francia en Roma, conde de Harcourt, ha sido muy bien acogido por la buena sociedad romana. En los pocos dias de su permanencia en la ciudad pontificia ha recibido muchas visitas y millares de tarjetas, muchas de las cuales están adornadas con el retrato de Pio IX ó inscripciones como las siguientes: *¡viva el papa rey! ¡viva Francia!*

El conde de Harcourt ha visitado al cardenal Antonelli. La entrevista fué larga y muy cordial. El nuevo embajador suplicó al secretario de estado que anunciase su llegada á su santidad y pidiese para él una audiencia con objeto de presentarle sus credenciales. Es la presentacion *in forma privata*. En otras circunstancias el embajador iria al Vaticano en coche de gala acompañado de sus secretarios y agregados en

sus carruajes y escoltado por sus criados á pié. En esta ceremonia algunos dragones abren y cierran la marcha. El primer secretario lleva sobre su coga carmesí, no las credenciales que están en los archivos, sino un pliego cerrado que las representa. En la noche de la presentación *in forma pública*, el embajador abre sus salones á la sociedad romana y extranjera.

Mientras el papa esté preso se contentará con la presentación *in forma privada*, la cual se ha verificado ya, y ha producido gran sensación en Roma entre los católicos y el cuerpo diplomático ver al papa reducido á recibir privadamente y como en secreto á un embajador.

Va á partir de Roma el conde de Trauttmandorff, embajador de Austria. Ayer se despidió del papa. Al conde Beust le parece demasiado anti-italiano, y en efecto el noble diplomático no es siempre mesurado en su lenguaje y en sus actos cuando se trata de Italia. No obstante, en vez de relevarle de su cargo, se le ha insinuado que tome una licencia de seis meses. Un alto funcionario de Viena viene á reemplazarle, pues el conde de Beust teme que los secretarios de embajada estén animados del mismo espíritu que su jefe. Después de la traslación, el conde de Trauttmandorff no tendrá probablemente deseos de recobrar su cargo, especialmente si se le exige que represente al mismo tiempo al Austria cerca del rey de Italia.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

LA PROPIEDAD.

Recientes sucesos que están en la imaginación de todos, y cuyo desenlace haciéndose esperar produce la mas viva inquietud y zozobra, no podían menos de añadir un interés de actualidad á ese tercer discurso sobre el tema escogido por el joven abogado D. Pedro Sampol. Así lo indicó de pasada el orador, que recordando haber explicado ya la naturaleza y el origen del derecho de propiedad, se propuso demostrar cuán destituidas se hallan de sólido fundamento las declamaciones contra las riquezas acumuladas. Porque si es innegable que cualquiera es legítimo dueño de lo que gana con el sudor de su rostro y el trabajo de sus manos ó de su inteligencia, también lo es que de esta ganancia puede hacer el uso que mas le cuadre, sea consumiéndola toda á su antojo, sea reservándose la parte que le sobre después de cubiertas sus mas estrictas necesidades. Nadie podrá con razón disputarle este derecho mientras él haya cumplido con todos sus deberes: nadie puede obligarle á gastos escusables mientras él con la sobriedad se contente. La parte que ahorra es tan suya como lo era su íntegro salario. Pues si no hay modo racional de impedir que el ahorro de ayer y el de hoy y el de mañana formen un capital productivo, claro está que en un plazo de tiempo mas ó menos largo, según sean las circunstancias, sobrevendrá la acumulación de riquezas, como de la reunión de pequeñas fuentes y arroyos se van formando rios caudalosos. Y esta acumulación no solamente es legítima bajo el aspecto de la justicia sino que es muy provechosa bajo el punto de vista social, como que sin ella no podrían prosperar las naciones. Ningun progreso

material podría realizarse en grande escala. Estas acumulaciones de riquezas son necesarias para llevar á cabo las grandes empresas agrícolas, mercantiles é industriales: sin ellas no es posible la roturación de estensos eriales, la desecación de pantanos, la construcción de vías férreas, la introducción de costosas maquinarias: sin ellas no se pueden acometer proyectos de éxito dudoso, que saliendo mal dejarían en lamentable indigencia á los poco acomodados, y ahora solo consumen ó malbaratan el sobrante de los ricos. Suprimáanse estos y el daño será para los pobres, que no tendrán quien les proporcione trabajo ó les socorra en sus necesidades. La caridad necesita también que existan riquezas para emplearlas en bien de la humanidad, y no hay que esperar que algun día la caridad esté de sobra en el mundo y no tenga en quien ejercer sus buenos oficios. Porque pobres los habrá siempre; así lo dijo Jesucristo, y además hay causas naturales que perpetuarán la pobreza en el mundo, sin que ni los mas hábiles estadistas, ni los planes mas ingeniosos, ni todos los esfuerzos de la economía política, ni todas las utopías socialistas, sean bastante eficaces para impedirlo. Y á pesar de esto siguen proclamándose las mas perniciosas teorías acerca de la propiedad, se pretende obscurecer la evidencia de su derecho, se pone en tela de juicio su legitimidad, se quiere entablar demanda de divorcio entre el capital y el trabajo, sin querer ver que su unión es por su propia naturaleza indisoluble y que su recíproco auxilio es tan necesario para el uno como para el otro. Y en Paris esas teorías empiezan á traducirse en hechos, y los mayores desastres han caído sobre esta ciudad desgraciada. Y lo que allí es una calamidad espantosa, para las naciones vecinas es una amenaza formidable. ¿Qué remedio, pues? Los adversarios de la propiedad han enarbolado una bandera francamente anti-católica: acogerse pues á la bandera católica todos los elementos conservadores para resistir al empuje del enemigo común. La guerra no es de partidos, es una guerra social. Para no ser vencidos uno tras otro es necesario pelear juntos, es necesario estrechar las filas y que en ellas entren todos los elementos afines. El derecho de propiedad es un gran principio social sancionado por el catolicismo. Todos aquellos pues á quienes interesa la conservación y el prestigio de este derecho indiscutible, reúnanse bajo la bandera católica que lo defiende así como á los grandes principios de autoridad y de orden, de moralidad y de justicia.

Esta noche disertará sobre *el magisterio de la Iglesia* el Pro. D. Magin Vidal.

MES DE MAYO CONSAGRADO Á MARÍA, por D. José María Quadrado. Se acaba de tirar la sexta edición. Véndese en esta librería á 6 reales.
